

Es ciertamente necesario para el bien de la sociedad que el magistrado vele por la conservación de las leyes; que contenga á los malvados y proteja al inocente contra el opresor; pero si el magistrado castiga los crímenes, despues de cometidos, por el imperio que tiene sobre las acciones, el sacerdote por el imperio que ejerce sobre las conciencias, impide que se cometan; y si el primero hace que cesen las disensiones, el segundo las ahoga en su nacimiento.

¿Qué quieren pues los vanos detractores del ministerio sagrado? ¿A qué esas injurias y esos arrebatos? ¿Por qué esos esfuerzos para cubrir el sacerdocio de oprobio, de ridiculez y de desprecio? ¿Pretenden inspirar hácia él un tedio tal que las familias pongan todo su conato en separar á sus hijos del santuario, ó que aquel no tenga ni crédito, ni consideracion, ni autoridad? Sí, aspiran á aniquilarle ó á envileecerle: si por un efecto de consideracion pronuncian algunas veces con respeto la palabra *religion*, no pronuncian al parecer la palabra *sacerdote* sino agitados de odio. Yo creo sin embargo que tan imposible es hallar el secreto de tener religion pública sin sacerdocio, como justicia legal sin magistratura: ¡y será posible dejar de lamentarnos del extravío de los entendimientos en

nuestros dias, y de las consecuencias funestas que puede traer consigo? Hubo un tiempo en que un insensato se atrevió á decir desde la tribuna política: *Yo soy ateo, y me glorío de serlo*; pero al mismo tiempo que esta expresion, mas absurda si es posible que impía, excitaba las aclamaciones del delirio, el Eterno por las venganzas mismas que ejercia en la tierra, daba á conocer que él reinaba en los cielos. Proclamar así solemnemente el ateismo, era proclamar la muerte del cuerpo social, y en efecto ya no existia verdadera sociedad: hoy no se lleva tan adelante este exceso de furor; pero cuando se representa en el teatro á los sacerdotes del paganismo como impostores, cuyo imperio se fundaba solo en la credulidad popular, se tiene la osadía de hacer injuriosas aplicaciones al sacerdocio cristiano, y la impiedad prodiga repetidos aplausos: ¡insulto público y solemne, y por decirlo así, nacional, que recae sobre el mismo Jesucristo fundador del sacerdocio, y que me hace temer que aun está levantado sobre la Francia el brazo del Dios vengador! En vano, señores, intentamos alucinarnos; por mas que hagamos, no mudaremos la naturaleza de las cosas; el mundo social tiene sus leyes así como el mundo físico, y no existe sino con ciertas condicio-

nes necesarias, y tales que jamas las violan los pueblos sino con detrimento de su reposo ó de su libertad: la religion es pues, tanto para la sociedad como para el hombre particular, la primera de todas las cosas, porque Dios es el primero de los seres; y todos los sofismas de la tierra no impedirán que la religion perezca si perece el sacerdocio, y que la sociedad deje de existir si se pierde la religion.

Pasemos á examinar las acusaciones que se han hecho al sacerdocio.

Los vicios y los escándalos que demasiado frecuentemente han manchado el santuario, la autoridad del clero y su grande influencia en el órden civil y político durante muchos siglos, y principalmente desde el VII al XVI, y en fin, sus riquezas cuyo origen y uso tanto se censura: ved aquí, señores, en qué se fundan las acusaciones que se hacen al sacerdocio. Vamos á examinarlas con franqueza é imparcialidad.

No pretendemos ciertamente disimular ni justificar los desórdenes que han podido manchar el santuario; pero es preciso dar á las cosas su justo valor, y sobre todo no prevalerse contra el cristianismo de los vicios de algunos de sus ministros.

Vosotros echais en cara al clero desórdenes

y escándalos: ¿pero es acaso posible que esté totalmente exento de ellos? ¿Son ángeles acaso los sacerdotes? No, señores, hombres como los demas é hijos de su siglo, colocados en medio de un mundo perverso, cercados de malos ejemplos, arrastrados por las inclinaciones de una naturaleza débil y corrompida, y expuestos á mil peligros, aun por razon de su propio ministerio: ¿será extraño que los alcance el contagio universal? Recogeis con gran placer en los fastos de la Iglesia algunos rasgos de libertinaje, de avaricia y de ignorancia que la avergüenzan, y no atendeis á las grandes virtudes en que consiste su gloria. Olvidais tantos pontífices y tantos obispos que por la pureza de su vida han sido el modelo de sus rebaños, tantos santos pastores que se han consagrado á la instruccion de los habitantes de los campos, y que se han despojado de todo para socorrer á los desgraciados; tantos santos misioneros que en todos los siglos han arrostrado los peligros, los tormentos y la muerte para llevar á naciones infieles el Evangelio y las virtudes que inspira, y olvidais por último tantos miembros venerables de aquellas comunidades religiosas que se entregaban con tanto fruto como celo á la educacion de la juventud. Es preciso, señores, no

perder de vista que el vicio es descarado, y que muy luego se da á conocer; pero que la virtud es modesta é ignorada, y que un solo sacerdote vicioso hace que injustamente se piense del mismo modo de otros muchos que no lo son.

Yo confieso que los vicios del sacerdote son particularmente odiosos á causa de la santidad misma de su vocacion y de su carácter; pero por último, ¿no estan obligadas todas las clases de que se compone la sociedad civil á practicar la virtud? ¿Y hay sin embargo alguna que pueda gloriarse de no merecer reconvencciones? ¿Han seguido siempre todos los magistrados en sus asuntos personales, y aun en la administracion de justicia esa probidad é imparcialidad de que blasonan y de que hablan continuamente? ¿Practican en sí mismos todos los que profesan el arte de curar la templanza que prescriben á los demas? ¿Han sido irreprehensibles todos esos reformadores que han declamado contra los vicios del clero, ó por mejor decir, no ha sido frecuentemente la licencia de sus escritos una exposicion fiel del desarreglo de su conducta? Y últimamente, ¿es acaso bastante pura para dar lecciones de virtud la lengua de todos esos jóvenes que dirigen sus invectivas contra nosotros? Creedme, señores, sea cada

uno justo consigo mismo en lugar de adularse á sí propio, y conocerá la necesidad de ser indulgente con los demas.

Consultemos la historia, y verémos que aun en las edades mas desacreditas por sus desórdenes y su barbarie, en los siglos IX, X y XI ha producido el clero en todos los puntos de Europa personajes santísimos (1). Tales son S. Duns- tan en Inglaterra, S. Udalrico en Alemania, S. Adalberto en Bohemia, S. Bonifacio mártir en Rusia, S. Brunon en Prusia, S. Gerardo en Hungría, y otros en otros reinos, sin que á nadie pueda ocultarse que las virtudes de estos grandes hombres debieron tener muchos imitadores, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. En nuestros mismos dias, y á pesar de la decadencia de la fe, ¿no ha dado al mundo la iglesia de Francia el espectáculo de virtudes llevadas hasta el heroismo? ¿Y no podemos invocar en esta parte el testimonio de las naciones benéficas, aun las de una comunion diferente, á que fueron arrojados por nuestras tempestades políticas tantos generosos ministros de la religion? Sí, á la iglesia de Francia pueden aplicarse estas palabras de los libros santos:

(1) Fleury. *Moeurs des Chrétiens*, núm. 61.

„Vió con calma y dignidad los dias de sus desgracias;” *Spiritu magno vidit ultima* [1].

Se refieren sin cesar los escándalos y las infamias que han manchado algunas veces la silla de Roma; pero porque haya habido algunos pontífices abominables, ¿se cometerá la injusticia de olvidar el gran número de los que se han hecho recomendables por las virtudes mas nobles? ¿Qué hallais en la Silla Apostólica en los nueve primeros siglos de la Iglesia cristiana, mas que una serie de pontífices de una piedad eminente? Muchos de ellos fueron mártires de la fe, y segun observa Fleury (2) solo hay unos pocos en este espacio de novecientos años que no esten venerados por su santidad, y en el discurso de los tres últimos siglos no ha habido uno solo que no haya sido de costumbres irreprehensibles. Designadme un solo trono en el mundo ocupado durante diez y ocho siglos por una sucesion de príncipes que en general sea tan respetable y tan digna de veneracion como la de los romanos pontífices.

Pero pasemos á examinar lo que es materia de la segunda acusacion, la autoridad del clero

[1] Eccles. XLVIII. 27.

[1] *Moeurs des Chrétiens*, núm. 32.

y su influencia en el órden civil y político, que sus enemigos llaman terminantemente usurpacion. Yo no ignoro que mas de una vez se han suscitado contiendas de jurisdiccion entre los obispos y los magistrados, y que el falso celo ó la ambicion han hecho traspasarse á veces por ambas partes los justos límites; pero examinemos las cosas en su conjunto y en sus resultados. Busquemos de buena fe el origen del grande poder del clero desde el siglo VI hasta el XVI, y le hallarémos, no en un sistema meditado y seguido con perseverancia, sino en la naturaleza misma de las circunstancias y de los sucesos; en las virtudes, en las luces, en los servicios del estado eclesiástico, y en la política de los príncipes inspirada por el agradecimiento ó por el interes.

En efecto, hácia mediados del cuarto siglo y en el siguiente brillaba la Iglesia cristiana con todo el esplendor del ingenio y de la virtud; entónces aparecieron en el oriente los Atanasios, los Basilios, los Gregorios Nacianenos, y los Crisóstomos, y en el Occidente los Gerónimos, los Ambrosios y los Agustinos, y su gloria recajó, como era natural, sobre el cristianismo, y en particular sobre el episcopado y el sacerdocio. Arrojanse en esta misma época los bárbaros

del Norte sobre las provincias del imperio romano, y llevan por todas partes con su impetuosa ferocidad el estrago y la desolacion: las Galias, la Inglaterra, la España y la Italia son presa de sus feroces legiones; reúnese el azote de la guerra, el de la peste, y si se quiere, dice Robertson (1), fijar la época en que el género humano fué mas miserable, es preciso designar el periodo de tiempo transcurrido desde el fin del cuarto siglo hasta casi el fin del sexto [2]. Costumbres, leyes, usos, todo entónces se trastornó y se mudaron hasta los nombres de las cosas, lo que no puede suceder sino en medio de las mas espantosas calamidades. ¿Y cuál fué en aquel trastorno universal el mayor recurso de los pueblos oprimidos? Su único amparo fué, señores, la caridad y la proteccion de los obispos y de los ministros de la religion. „Cuando „la violencia hace que enmudezcan todas las le- „yes, entónces la razon, la humanidad y las lu- „ces llegan á ser insensiblemente el único poder „que los desgraciados pueden invocar y poner entre ellos y sus opresores (3).

[1] Introduction á l'histoire de Charles V.

[2] Desde el año 395 hasta el de 571, que son 176 años.

[3] Moreau, *Discours sur l'histoire de France*, tom. 1, pág. 307.

¿Y qué servicios no hicieron á sus pueblos los gefes de la Iglesia durante las conquistas de los bárbaros! Frecuèntemente contuvieron el furor de los vencedores, y salvaron del pillage sus ciudades aun con peligro de su misma vida. „Atila se alejó de Roma á ruegos del Papa S. „Leon; de Troyes á los de S. Lupo, de Or- „leans á los de S. Aignan; y S. Dizier de Lan- „gres, y S. Nicasio de Reims fueron degolla- „dos per los vándalos por no abandonar sus re- „baños (1).” Toma Teodorico á Odoacro la ciudad de Pavia, y al ver llegar al obispo de la ciudad llamado Epifanio: „Ved aquí, dice á sus „cortezanos, el baluarte mas fuerte de Pavia; „ese hombre cuyo exterior es tan sencillo, no „tiene igual en el universo.” Así es que al retirarse de ella, dejó á su muger, á su madre y á su hermana bajo de la salvaguardia del obispo, y ciertamente era dejarlas bajo de la salvaguardia de la virtud y de la religion (2). ¿Y qué imperio no debieron tener naturalmente sobre los ánimos estos obispos tan amantes de sus pueblos! Movidos los príncipes bárbaros con-

[1] Eleury, *Moeurs des Chrétiens*, núm. 38.

[2] Mbreau, *Discors sus l'histoire de France*, tom. 1, pág. 308 en la nota.

vertidos al cristianismo de sus virtudes y de sus luces, los nombraron sus consejeros, y quisieron aprender de ellos el verdadero modo de gobernar y de atraerse á sus vasallos.

Hablando ahora particularmente de lo que nos toca mas de cerca, ved á Clodoveo echando hácia fines del siglo V los cimientos de la monarquía francesa. Instruido por S. Remigio, abraza el evangelio, y es el único príncipe ortodoxo de su tiempo, pues todos los demas eran arrianos ó infieles. En él ve la iglesia católica de Occidente un libertador suscitado por la Providencia, y los obispos favorecen sus designios para afirmar su trono: tan político como conquistador, los hace entrar en los consejos supremos llamados *Plaidis*, y á nadie puede ocultarse cuánta preponderancia debieron tener sobre los gefes de los ejércitos franceses, valientes pero ignorantes; justos algunas veces, pero siempre feroces. „Clodoveo era demasiado prudente, ha „dicho el presidente Henault (1), para no con- „servar á los obispos el imperio que tenian so- „bre el espíritu de los pueblos, y que siempre ha- „bia cedido en beneficio suyo; y en esto consis- „tió que mucho tiempo despues se viese todavía á

[1] *Histoire de France*, año de 622.

„los eclesiásticos conservar tanta influencia en „los negocios del estado.”

¿Y cómo era posible que no se conservase por mucho tiempo esta influencia que comenzó con la monarquía? ¿No es natural, no es inevitable y aun necesario para la felicidad de los pueblos, que la consideracion, el aprecio, la confianza y por último el poder, sean la recompensa del mérito y de las luces? ¿Y en dónde, señores, se encontraba uno y otro durante muchos siglos sino en el clero? El estudio de las ciencias humanas empezó á decaer desde el principio del siglo VII en términos que casi no eran cultivadas sino por los eclesiásticos. En efecto ellos solos estaban encargados de su enseñanza pública, y las letras no tenian mas asilo que las escuelas de las cátedras y de los monasterios. Cuando Carlos Magno en el siglo IX procuró reanimarlas, fué sirviéndose de los obispos, de los sacerdotes y de los religiosos mas sabios; y él mismo aprendió del célebre Alcuin la dialectica, la retórica y la astronomía; laudables esfuerzos ciertamente, pero que no impidieron que el estudio de las ciencias fuera siempre decayendo. La barbarie continuó extendiéndose en el siglo X, y la ignorancia de las ciencias humanas llegó á hacerse tan profunda entre los hombres

del mundo, que los príncipes y los señores apenas poseían los primeros conocimientos de las ciencias, y por lo comun no sabían leer ni escribir: en fin, de tal modo estaba limitado el estudio de las bellas letras á los clérigos, es decir, á eclesiásticos, que se llamaba al hombre sabio *gran clérigo*, y á la ciencia *Clergia* (*Clergie*) (1); y todos saben que Enrique I, rey de Inglaterra, en el siglo XII, debió á su instrucción y á su elocuencia el sobrenombre de *bello clérigo*. En efecto, todo lo mas ilustrado que habia en aquellos siglos se hallaba en el estado eclesiástico, y es necesario, señores, reconocer que el clero era entonces el depositario, no solamente de la ciencia divina, sino de todos los conocimientos humanos que no se habian perdido: ¿y cómo era posible que solo por esto no tuviese un ascendiente extraordinario? Vituperarle pues su antiguo poder, es vituperarle la superioridad de sus luces y el imperio que ellas dan: es acusarle como de un crimen de lo que era una necesidad y una felicidad para los pueblos. Mucho mas justo ha sido Leibnitz al decir: „Que en los siglos en que solo los eclesiásticos cultivaban las

[1] Pasquier, citado por Hénault. *Histoire de France*, año de 992.

„letras, y en que todos los demas hombres libres „seguián la profesion de las armas, era conveniente que el gobierno militar fuese templado „por la autoridad de los sabios, es decir, de los „eclesiásticos (1).”

Me parece que en lugar de insultar al clero por su estado actual, seria mas generoso recordar sus antiguos servicios y su antigua gloria. ¡Cuántos hombres singulares en todos ramos no presentan los fastos de nuestra Iglesia! Limitándonos á citar algunos que se han distinguido en diversas épocas y en diferentes posiciones, nombráremos en la política á un Suger y á un Richelieu; en las negociaciones á un d'Ossat y á un Polignac; en la alta filosofía á un Gassendi y á un Malebranche; en las ciencias eclesiásticas á un Thomassino y á un Fleury; en las ciencias físicas á un Mersenne y á un La-Caille; en la erudicion profunda á un Mabillon y á un Petavio; en el conocimiento de las lenguas antiguas y sabias á un Amyot, á un Huet, á un Jouvency y á un Santeuil; en la elocuencia á un Massillon, á un Bourdaloue, á un Fenelon y á un Bossuet; entre los historiadores á un Saint-Real y á un

[1] *Sus obras*, tom. V, pag. 143, *Pensées de Leibnitz*, tom. II, pag. 390.

Vertot; entre los solitarios á un S. Bernardo y á un Rancé; entre los bienhechores de la humanidad á un La Salle, fundador de los hermanos de las escuelas cristianas, y á un Vicente de Paul, fundador de las hijas de la caridad. Rodeada de todos estos personajes ilustres y de otros muchos que no nombro, es como la iglesia de Francia se presenta á nuestros homenajes y á los del universo entero.

En el dia no se repara en acusar al clero de dejar extinguir esta herencia de gloria: ¿pero será culpa nuestra que el destierro, los padecimientos, las largas prisiones, fatigas excesivas, ó una muerte violenta hayan arrebatado una multitud de dignos ministros que serian hoy el apoyo y ornamento del santuario? ¿Quién ignora que lo hoz revolucionaria segó sus víctimas con especialidad en las principales clases de la gerarquía sagrada? ¿Será culpa nuestra que en cierto tiempo y por espacio de doce años consecutivos haya sido imposible formar discípulos para el servicio del altar, y que por consiguiente se encuentre un vacío inmenso en el ministerio pastoral? Será en fin culpa nuestra que desanimadas las familias por mas de una causa, vean con disgusto á sus hijos inclinarse á la carrera eclesiástica, y que las urgentes necesi-

dades de tantas iglesias desamparadas obliguen á abreviar el tiempo de los estudios de los jóvenes clérigos? No creamos por esto que para ser útil un clérigo necesite toda la ciencia de un Fleury, ó la elocuencia de un Bossuet: no, señores: sin mas que conocer los libros santos y las reglas de la moral cristiana, y unir á una razon sana una piedad sólida, puede hacer servicios importantísimos; y con solo explicar al pueblo los mandamientos de Dios esparcirá entre él principios de orden, de justicia y de sociabilidad, mientras que otros muchos no hacen con toda su falsa ciencia mas que introducir en el cuerpo social un germen de disolucion y de muerte. Además, ¿qué derecho hay para echar en cara al clero su decadencia? ¿No sucede lo mismo en todas las demas clases? Al oír á algunos de nuestros detractores se creería que todas las demas profesiones abundan en varones de un mérito eminente, y que por todas partes se encuentran en gran número institutores como Rolin, filósofos como Descartes, poetas como Corneille, capitanes como Turena, publicistas como Montesquieu, magistrados como d'Aguesseau, administradores como Colbert y estadistas como Sully. Sean modestas, señores, todas las clases de que se compone la sociedad;

pues en esto no harán mas que hacerse justicia á sí mismas. Treinta años de experiencia, de errores y de locura nos han dado á conocer y enseñado á apreciar, segun su mérito, la doctrina y la habilidad de todos esos hombres que se creen los únicos capaces de ilustrar y de dirigir al género humano.

Paso á lo que forma el asunto de la tercera acusacion, á saber, las riquezas del clero, cuya reparticion, cuyo origen y uso tanto se censura. Observemos primeramente que estas riquezas eran como el patrimonio comun de todas las familias; pues que todas, sin excepcion, podian aspirar á ellas inclinando á sus hijos al sacerdocio; pues aunque las dignidades mas eminentes y que mayores rentas disfrutaban eran por lo comun, y muchas veces por razones justísimas, el patrimonio del nacimiento, no por eso estaba ninguno excluido de obtenerlas, como se verificó en Massillon, Flechier, d'Ossat, Amyot y otros muchos, y ademas en las diversas clases de la gerarquía habia una multitud de destinos honrosos ocupados por hombres que correspondian á las clases medianas, y aun á las mas oscuras. Una de las máximas fundamentales del gobierno eclesiástico es que los empleos deben darse solo al mérito; por cuya

razon no sé en qué pueda fundarse justamente el odio que excitaban unos bienes que podian poseer franceses de todas clases.

¿Pero qué deberémos pensar acerca de su origen y de su uso? Yo quiero suponer que en el transcurso de diez y ocho siglos hayan sido arrancadas por medio de fraudes criminales algunas donaciones y herencias; sin embargo, siempre seria tanta ignorancia como mala fe, no convenir en que estos ejemplos han sido rarísimos. La historia atestigua que las concesiones de territorio fueron en general muy libres, y que en su origen consistian en bosques desiertos, en terrenos incultos y pantanosos que manos laboriosas supieron hacer fecundos. Legendre, en su obra titulada *Costumbres y usos de los franceses* [1], observa que la fundacion de grandes abadías les costó poquísimos, pues que se cedian terrenos ingratos á cenobitas que se empleaban con todas sus fuerzas en desecarlos, en desmontarlos y plantarlos, y en construir edificios, mucho ménos por disfrutar ellos las dulzuras de la vida, pues que vivian con la mayor frugalidad, que por socorrer á los pobres; y cuando un trabajo conducido con

[1] Pág. 10 edicion de 1740.
TOM. IV.

inteligencia, y una industria constante han sabido convertir terrenos estériles en campos, en praderas y en fértiles colinas; cuando tanto han contribuido estas felices mejoras á los progresos de la primera de las artes, de la agricultura, ¿no hubieran debido esas hermosas posesiones excitar mas bien el reconocimiento que la envidia?

Quiero tambien suponer que muchos de sus poseedores no hayan hecho siempre de ellas el uso mas legítimo; pero no por eso dejará de ser preciso convenir en que el mayor número las empleaba en el alivio de los desgraciados, y en fundar ó conservar establecimientos útiles; y en efecto ¿qué pastor podía eximirse de socorrer la indigencia y la desgracia en medio de su rebaño? ¿No le hubiera obligado á ser liberal solo el bien parecer, aun cuando así no se lo hubiesen mandado el deber y la caridad? Nadie ignora que nuestros prelados hacian donativos inmensos en tiempos de escasez y de calamidad; pero haré una reflexion general sobre el empleo de las riquezas del clero, capaz de reconciliar los ánimos mas difíciles de contentar. ¿No se deben en gran parte al clero esas Basílicas que en toda la Francia son el ornamento de nuestras ciudades, esa multitud de asilos públi-

cos destinados al alivio de toda clase de necesidades é infortunios, esos establecimientos de educacion pública para la enseñanza de las letras y de las ciencias humanas, esas escuelas y casas destinadas á los discípulos del santuario esas fundaciones piadosas á favor de personas cuya indigencia hubiera hecho inútiles sus talentos, esos ricos depósitos de los conocimientos humanos, y tantos fomentos costosísimos dados á las ciencias y á las artes? ¿No se le deben todas estas cosas tan apreciables para la felicidad de la sociedad, y para la gloria de la nacion? Y ¿hubiera podido el clero hacer tantos servicios si hubiera sido pobre y destituido de todo? ¿Qué inconsideradas son todas esas declamaciones contra las riquezas de la Iglesia! Pero lo mas irrisorio y ridículo que hay en esta materia, es que hombres ricos y poderosos acusen, aun en el dia, de ambicion y de avaricia á nuestro clero, es decir, á hombres de los cuales muchos no tienen ni aun lo necesario, y ninguno nada superfluo.

Dejemos, señores, á los declamadores sus arrebatos violentos contra el sacerdocio: espíritus débiles que jamas ven en las cosas mas saludables mas que algunos abusos inevitables, y que para ser consecuentes deberian proscribir

sin piedad todas las profesiones, condenar la de las armas por los vicios de algunos capitanes, la magistratura por las prevaricaciones de algunos magistrados, y las ciencias y las letras por los monstruosos sistemas que han abortado. ¡También los que insultan al sacerdocio y parecen no anhelar mas que su ruina, tiemblen de ver cumplidos sus deseos! Extinguido este se extinguiría también el cristianismo; ¿y en qué tinieblas, en qué calamidades no nos veríamos entonces envueltos? Pero no, no será así: si la Iglesia de Francia bajo del aspecto religioso, único bajo del que en la actualidad la consideramos, presenta síntomas de ruina, también ofrece señales de vida y de duración: si el error tiene sus tribunas y sus trompetas, también la verdad tiene sus apóstoles y sus defensores. Yo convengo en que la irreligion ha hecho en nuestros días grandes estragos en el pueblo; pero las clases superiores aprecian mas la piedad, y esta capital cuenta seguramente en el día mayor número de jóvenes sinceramente cristianos, que los que contaba hace treinta años. Además no creamos que los hombres puedan hacer todo el mal que quisieran; no señores: el vicio tiene sus límites, así como la virtud. Existe un Dios que vela por la conserva-

ción del mundo moral, así como por la del mundo físico; y el furor de las pasiones se estrella cuando le place contra un grano de arena, como se estrellan en la ribera las olas del mar irritado. Yo no he leído en el libro de los destinos eternos; pero meditando lo pasado y considerando lo presente, concibo mas esperanzas que temores para lo venidero.

Examinando lo pasado observo que al principio de nuestras disensiones así políticas como religiosas, casi la totalidad del episcopado francés no vaciló en la fe; es decir que se mantuvieron firmes las columnas del edificio de la Iglesia: observo que á pesar de todos los esfuerzos de un inmenso poder no pudo arraigarse el cisma en el suelo de nuestra patria, y que después de veinte y cinco años de infortunios plugo al cielo restituir al pueblo de S. Luis esa augusta casa tan fiel á la religion en todos tiempos. A la vista de estas maravillas yo me digo á mí mismo: La Francia es pues el reino predilecto de la Providencia, la cual por los milagros que ha obrado en su favor, se ha comprometido, digamoslo así, á obrar otros nuevos.

Si tiendo la vista sobre lo presente, veo que las liberalidades de la caridad cristiana sostienen por todas partes santas empresas para

atender á las necesidades y al alivio de la humanidad; carácter distintivo de una religion sincera, y que á pesar de tantos obstáculos y sinsabores se desarrolla la vocacion por el santuario, siendo hasta admirable en algunos, y haciendo concebir las mas bellas esperanzas: veo que en todas partes es escuchada la palabra de Dios anunciada por hombres apóstolicos, y que ciudades enteras despiertan y salen de su indiferencia al eco de la trompeta evangélica. Testigo de todas estas cosas extraordinarias, aun en medio de las calumnias y de los clamores de la impiedad, me repito á mí mismo: La Francia no está muerta para la fe; no, no está dispuesta á apostatar. La Providencia tiene señalados sus tiempos, nosotros debemos aguardarlos. La religion no cesará de hacer progresos á despecho de sus enemigos, ni de traer consigo el amor al órden y á la justicia, el respeto á las buenas costumbres y á las leyes, y su triunfo será el triunfo de la patria. Vencida la Francia por la desgracia y por la experiencia, conocerá mejor que nunca que no edificar sobre la religion y la moral, es edificar sobre arena move-diza, y que para ser feliz necesita ser cristiana: arrepentida entónces y vuelta de sus extravíos, e humillará ante el Altísimo; y cuando yo me

entrego á los sueños de una imaginacion consoladora, me figuro que sobre esa magnífica columna que sirve de ornamento á una de nuestras plazas públicas (1), y que recuerda tantas victorias, verémos plantada una Cruz triunfante, como un monumento de la extincion de los odios, de la reconciliacion de los corazones, de la abjuracion de los errores y de la vuelta sincera, y de una nueva consagracion de todo el pueblo frances á la religion de Jesucristo.

[1] Columna de la plaza Vendome en Paris. [El Traductor].